

fueron formuladas. Algo similar ocurre con el concepto de intencionalidad, que se formuló desde unos presupuestos ontológicos muy precisos, aunque hoy día la filosofía de la mente ha terminado dándole un significado muy distinto. En este sentido lo que se concibió como un acto del ente ha pasado a ser considerado un simple objeto de un proceso mental, sin que el cambio pueda considerarse trivial. Se trata de una observación que, sin duda, señala la distancia existente entre las propuestas del Aquinate y el uso que actualmente se les pretende dar.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

---

LOMBO, JOSÉ ÁNGEL Y GIMÉNEZ AMAYA, JOSÉ MANUEL  
*Biología y racionalidad. El carácter distintivo del cuerpo humano*, Eunsa, Pamplona, 2016, 200 pp.

Este libro constituye la segunda entrega del trabajo interdisciplinar que José Ángel Lombo y José Manuel Giménez Amaya vienen desarrollando acerca de la naturaleza del ser humano. Tras afrontar en el trabajo anterior (*La unidad de la persona. Aproximación interdisciplinar desde la filosofía y la neurociencia*, Eunsa, 2013) la cuestión antropológica, en este segundo ensayo se proponen “comprender la biología del ser racional ‘precisamente en tanto que racional’” (p. 14), es decir, los rasgos del cuerpo humano que permiten y/o muestran su racionalidad.

En el primer capítulo Lombo y Giménez Amaya defienden la transcendencia del yo respecto al cuerpo. Aunque los autores rechazan de entrada el dualismo y una concepción instrumentalista del cuerpo (el cuerpo no es meramente el instrumento del yo para hacerse presente), a veces se advierte una cierta tensión entre la transcendencia del yo y la idea del cuerpo como condición por la que el individuo se hace presente, por un lado, y la fuerte dependencia que las operaciones del yo tienen respecto a las estructuras corporales que las implementan, por otro, donde esa transcendencia podría quedar comprometida.

En el capítulo segundo, “Enfoque diacrónico”, los autores afrontan el objeto de su libro —comprender la biología del ser racional— prestando atención al desarrollo del orden interno del cuerpo, y a la integración que tal desarrollo tiene con el crecimiento y maduración psicológica. Articulan su argumentación en torno al origen del sistema nervioso, su desarrollo prenatal y postnatal y el desarrollo psicológico. Resulta interesante el modo en que se expone el desarrollo armónico de las estructuras que ofrecen la base a la capacidad sensorial y de la capacidad sensorial misma, señalando no solo la secuencia temporal de ese desarrollo, sino el ordenamiento jerárquico que manifiesta, en donde unos sentidos aparecen antes que otros por razones de su integración. En la exposición de esta jerarquía, los autores apuntan al tratamiento aristotélico de los sentidos, en el que las dependencias jerárquicas entre ellos son fundamentales (pp. 62-63).

La integración de los sentidos externos por los sentidos internos y la formación de las áreas cerebrales asociativas encargadas de tal función cognitiva es parte importante de este capítulo. Entre los puntos tratados, destaca la atención al “*binding problem*” o *problema de la unificación de las sensaciones*, y la solución al mismo desde la dinámica de las redes neuronales, que lleva a concluir que “el conocimiento se hace más profundo y completo en la medida en que es más asociativo” (p. 78).

La distinción entre crecimiento del sistema nervioso en volumen, propio del desarrollo prenatal, y en conexiones, propio del postnatal, ofrece el fundamento para lo que es el objetivo fundamental de este capítulo: la integración de esos procesos biológicos de desarrollo con el desarrollo psicológico. En este último punto, los autores presentan la propuesta clásica de Piaget, y la aplicación de ésta al ámbito ético realizada por Kohlberg. El capítulo cierra con una presentación de la teoría de la mente o capacidad de representar estados mentales de uno mismo o de otro, así como del descubrimiento y función de las neuronas espejo, que parecen estar relacionadas con tal capacidad representativa.

El objeto del tercer capítulo, “Enfoque sincrónico”, es describir algunas características distintivas de la corporalidad humana

en cuanto racional, tales como la bipedación, la liberación de las extremidades superiores y la función de las manos, la configuración del rostro, y los cambios morfo-funcionales relacionados con la comunicación lingüística. En el arranque del capítulo, se recuerda la diferencia entre hominización (evolución del cuerpo) y la humanización (desarrollo socio-cultural de ese cuerpo una vez ya configurado como humano). Los autores no se detienen en esta distinción y parecen dar por supuesta la separación entre ambos procesos de una manera que es al menos cuestionable, pues factores socio-culturales parecen contribuir también a la evolución. El capítulo detalla aspectos de la evolución y configuración de los rasgos anatómico-funcionales relacionados con las características arriba mencionadas. Resulta interesante también, como en el capítulo anterior, la manera en que el discurso aristotélico es invocado a lo largo del capítulo para mostrar la importancia de tales rasgos distintivos en su relación con la racionalidad, llegando a señalar que en el pensamiento aristotélico se defiende una complementariedad o “circularidad” entre racionalidad y biología (p. 101). Otro punto sugerente de este capítulo, inspirado también en Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, es la comparación que se establece entre la universalidad del conocimiento (su indeterminación o apertura a todas las cosas cognoscibles) y la indeterminación funcional de la mano, que por su versatilidad no está determinada para una única función, y puede así considerarse no como un único órgano, sino como muchos.

En el rasgo lingüístico, los autores desarrollan la continuidad-discontinuidad entre lenguaje animal y humano. En este punto, algunas decisiones llaman la atención: la apelación a McIntyre para desarrollar este rasgo es quizás curiosa, pues hay autores que han desarrollado las relaciones semióticas de una manera más profunda que permite también dar cuenta de tal continuidad-discontinuidad (la concepción triádica del signo de Peirce es un ejemplo claro, aunque podrían mencionarse otros). El capítulo concluye defendiendo que hay una circularidad o conexión sistémica entre los tres factores: la base morfo-funcional, el lenguaje y el pensamiento. “Ni el lenguaje es simple expresión del pensamiento ni constituye un efecto o reacción a determinados factores biológicos. El pensamiento humano

necesita del lenguaje como su vehículo específico, y este requiere unas determinadas estructuras anatómicas para ser articulado” (p. 135). El lector, sin embargo, no encuentra explicado en el texto el sentido en el que el lenguaje no es simple expresión del pensamiento, cuando luego queda descrito desde —¿y reducido quizás a?— su vehículo específico.

En el último capítulo, “Los límites de la unidad de la persona. Corporalidad, vulnerabilidad y dependencia” se atiende a los procesos de desintegración biológica que comprometen la unidad de la persona: envejecimiento, enfermedad y muerte. Los temas planteados son de gran interés y la cuestión que subyace al capítulo es crucial: cómo armonizar la corruptibilidad propia de la materia con la especificidad de la forma racional humana. La respuesta de los autores se encuentra precisamente en incidir en tal especificidad, de manera que la unidad que se da en el individuo humano es distinta a la que se da en animales y vegetales. Muy sugerente es también la idea —presente en la literatura filosófica contemporánea, como por ejemplo, en trabajos recientes de Marta Nussbaum— de que la vulnerabilidad es parte esencial de la condición humana. El capítulo cierra con una bella sección titulada “¿Animales ‘dependientes?’” en la que, inspirados en Alasdair MacIntyre, los autores sugieren que el carácter defectivo del cuerpo humano conlleva “una apertura a ordenar ese límite con la propia actividad, según el modo de la cooperación con otros individuos” (p. 168).

El libro tiene un carácter ensayístico e introductorio, por lo que el lector más especializado que busque respuestas a preguntas planteadas en el ámbito de la filosofía contemporánea de la mente no encontrará aquí una respuesta técnica. Sin embargo, la escritura ágil y clara, y la accesibilidad a los contenidos lo hacen idóneo para el lector interesado en una exposición de cuestiones, intuiciones y sugerencias bien articuladas, con una valiente propuesta integradora.

María Cerezo. Universidad de Murcia  
mmcerezo@um.es